

Ser sal y luz en nuestra Patria

Is. 58, 7-10

Salmo 111, 4-5. 6-7. 8a y 9

Mt 5,13-16

¡Te alabamos y damos gracias, Señor del cielo y de la tierra! Hoy nos reunimos en nuestra Catedral para celebrar un año más de los comienzos del proceso que dio origen a la independencia de la naciente República de Chile. Recordamos con gratitud a los héroes que entregaron sus vidas por la libertad, la justicia y la dignidad de nuestra patria, y que forjaron los cimientos de nuestro país.

*Autoridades civiles, militares y de seguridad pública,
señoras y señores candidatos a gobernador y consejeros regionales, a alcaldes
y concejales, invitados especialmente a esta celebración,
hermanos y hermanas,
señoras y señores:*

Hoy celebramos y hacemos memoria. Honramos a las generaciones precedentes de las que somos herederos. No solo herederos de aquellos que con valentía libraron contiendas en los campos de batallas. También hubo mujeres y varones que nos legaron -mediante el trabajo, la industria, el tesón, la dedicación a la enseñanza y la justicia- la formación de las instituciones del Estado, los esfuerzos por la exploración y extracción de las riquezas naturales, en fin, las creaciones literarias, científicas, historiográficas y artísticas, como desde los oficios más humildes, desde los rincones más apartados del país, hasta las responsabilidades más altas en los organismos políticos que conforman la democracia y el orden público, y hacen de la convivencia cívica un permanente desafío. De todo esto somos herederos. De ahí la misión de preservar y desarrollar lo recibido.

¿Cómo, entonces, no dar gracias al Señor de la vida y de la historia, por ser hijos de este territorio y llevar en las entrañas la vida, sacrificio y nobleza generosa de generaciones de hombres y mujeres de los que somos herederos? ¿Cómo no reconocer que, en medio de los avatares de la patria, las pugnas civiles, accidentes y catástrofes geográficas, de pronto nos hemos visto, en tiempos más o menos apremiantes?

Hay momentos que las tensiones sociales, políticas y económicas, nos han puesto a prueba. Todo lo cual nos incita a volver con mayor ahínco a forjar lo

que tenemos. Volver, digo, a redescubrir el llamado a amar y servir a nuestra herencia común.

Esta gratitud y alabanza a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, la hace la Iglesia animada del Espíritu que recrea y santifica. La hace el pueblo de Dios en memoria de la fe viva y fecunda de testigos auténticos. Así la Iglesia ha aportado a la formación de la patria.

La vida de la nación, tiene a su haber, esa “sal y luz” de quienes, siguiendo las enseñanzas del Cristo, han encarnado el evangelio con obras de bien, solidaridad y acogida, haciendo presente el “misterio de Dios” con fidelidad.

Señales preocupantes de los tiempos

Cuando celebramos las Fiestas Patrias, tenemos a la vista tristes y graves fenómenos que golpean e imponen una consideración detenida. La oración, nos lleva a presentar la vida de la contingencia actual como ofrenda y asimilarla con las enseñanzas que proceden de las Santas Escrituras.

La migración forzada

Estamos frente al drama de las migraciones forzadas que agobian y en ocasiones enerva la convivencia nacional. Nuestra Región de Antofagasta vive la confluencia de tránsitos migratorios de diversos pueblos. Sabemos que los migrantes buscan dónde proteger la vida y lograr posibilidades de desarrollo. Lo hacen en medio de circunstancias muy precarias, que se prestan al abuso y la explotación. Como es natural, los migrantes traen consigo expresiones culturales propias y típicas, estilo de vida de su origen. Por ello, la inserción no siempre es fácil. A menudo hay conflictos dolorosos por desprecio, vejación o rechazo. También hay algunos que proceden en forma delictual. Todo esto no es fácil para los ciudadanos y el Estado de Chile.

Violencia criminal

Por otra parte, y en algunos casos vinculado, nos golpea el flagelo de la violencia criminal, provocando alarma pública, inseguridad y temor en la población. En este sentido, vemos con horror sucesos de crueldad despiadada. Son patentes las organizaciones delictivas ligadas a la droga y al narcotráfico, la trata de personas y el contrabando, la extorsión, el secuestro y la tortura. ¡Cómo se denigra y ultraja a hombres, mujeres y niños! ¡Cuánta maldad en

voluntades torcidas y destructoras! Con propósitos siniestros, ¡se profana lo más sagrado, la vida misma!

Flagelos de la corrupción

¿Cuál ha de ser nuestra reflexión en estos momentos, cuando, por desgracia, salen a luz escándalos recientemente denunciados, donde hay comprometidos políticos, empresarios y autoridades, junto a personeros de los más altos estamentos del Estado, a militares, a figuras de la vida pública y financiera, de la magistratura y las policías? Sin duda, hechos que se investigan enlodan la convivencia cívica con los flagelos de corrupción, defraudación, cohecho y tráfico de influencias. Los escándalos señalados de corrupción, con el drama de la migración forzada y la violencia criminal, nos dan un cuadro desolador que remece lo más profundo de nuestro ser.

Desde la Palabra de Dios

Puesto que no tenemos competencias para abordar las causas y consecuencia de estas realidades descritas que remecen la conciencia humana, cristiana y ciudadana, nuestra reflexión obedece al servicio de pastor que prestamos, con estas palabras de aliento tomadas de las Escrituras.

*¡Señor, ilumina nuestros pensamientos y fortalece nuestros corazones,
para ser tus verdaderos y creíbles discípulos,
anunciadores de tu reino de verdad, justicia y paz!*

*¡Danos encontrar los caminos
por los cuales descubramos la dignidad y el respeto,
promoviendo la honradez, la equidad y el bien común entre nosotros!*

*¡Que jamás seamos impasibles e inclementes a las duras circunstancias
que sufren los pobres, marginados y desvalidos!*

*¡Para todos haya una palabra de consuelo
y un servicio de amor que dignifique
y haga ver tu imagen divina en cada persona,
por la que Cristo el Señor nos hizo hijos y hermanos en ti,
¡Padre de los cielos!*

Escuchar

Escuchamos la palabra de Dios por medio del profeta Isaías. Allí se nos invita a tener otra mirada y actitud frente a contextos agobiantes. Dice el profeta: “*no te cierres a tu propia carne*”. El profeta llama a compartir y acoger al que está en desamparo y débil. “*¡Parte tu pan con el hambriento!*”, afirma, “*¡hospeda a los pobres sin techo!*”, agrega. Para insistir: “*¡viste al que veas desnudo!*”.

No ignoro que la tendencia natural sea el preservar la seguridad personal y del país. Pero la palabra de la revelación nos advierte que existe un peligro constante de cerrar el corazón... Ante la migración forzada, no faltan quienes estiman que hay que cerrar las fronteras... Esto significa cerrarse o negar lo que ocurre en torno nuestro, con propuestas de insensible rigidez ante la pobreza, el hambre, e indigencia del migrante...

Sin embargo, la Iglesia que, en Cristo, vive las condiciones humanas como el propio destino, en el que sirve a la vocación sagrada, no puede ignorar estas heridas en la sociedad. ¿Cómo responder? Desde luego, sin cerrarnos al hecho de los desplazamientos humanos forzados.

Las urgencias y pesares de otros, son nuestras urgencias y pesares. Jamás olvidemos que, nuestra nación ha sido enriquecida por diversas oleadas migratorias y que también vivimos el drama del exilio.

Son, por tanto, nuestras actitudes las que harán romper la cerrazón, según dice el profeta, para que surja “*tu luz como la aurora*”, según reverente expresión del salmista. Así, aunque nuestra institucionalidad pueda estar desbordada, nunca corresponde abordar el drama de la migración con el corazón y la mente cerrados. Habrá que ver las instancias y las vías institucionales. Desde luego, no estamos hablando de acoger acciones delictivas, sino de mitigar la opresión y el desamparo humanos de hermanas y hermanos nuestros desamparados.

En este sentido, el salmo que trae la voz orante de siglos en medio de muchos pueblos, nos recuerda que: “*el que es justo, clemente y compasivo*”, con su modo de vida “brilla” entre “las tinieblas”. ¡Qué sentencia más estimulante y clarificadora! Obrar con justicia, clemencia y compasión.

El que obra la verdad, hace surgir la luz. En efecto, hay vidas que entre nosotros son un resplandor de luz por su integridad y entrega noble, por la justicia de sus acciones y la fortaleza en las luchas que libran, siempre templadas y llenas de ternura. ¿Acaso no hemos tenido a lo largo de nuestras vidas esas personas,

padres, madres, educadores, maestras y maestros que todavía fulguran e inspiran nuestras faenas?

Jesús nos enseña a través de las bienaventuranzas que la vida humana y social puede oscurecerse cuando nos alejamos de sus enseñanzas. San Pablo describe esto como el "misterio de la iniquidad", una fuerza que distorsiona la verdad y devalúa la vida humana. Vemos esto reflejado en decisiones y leyes que afectan la dignidad de las personas, como aquellas que facilitan el aborto, la eutanasia, y alteran la naturaleza humana, especialmente entre los niños y jóvenes.

Sin duda estas decisiones generan un profundo sufrimiento, afectando tanto a quienes se ven directamente involucrados, como a la sociedad en su conjunto. Como Iglesia, no podemos alegrarnos por estos pasos y posibles decisiones, pero también, como Iglesia, acogemos con misericordia a todos aquellos que sufren a causa de estas realidades, ofreciéndoles, apoyo, escucha y esperanza.

Pero conviene entonces preguntarse: ¿qué condiciones de injusticia en la sociedad hemos construido que favorecen el brote de estas enfermedades destructoras, como la criminalidad y la droga? La marginalidad de muchos bienes y servicios de la economía actual, son sin duda caldo de cultivo para la delincuencia. Las organizaciones sacan de ahí sus llamados "soldados".

Con todo, quien edifica sobre la roca de las enseñanzas de Jesús, el Maestro y Señor, tendrá un corazón seguro, "sin temor". Porque se abre con audacia hacia la existencia del prójimo, a los pobres con quienes comparte, porque no cesa de amar, ni se cansa de volver a amar. Por eso, "*alzará la frente con dignidad*". ¡Cuánto necesitamos de ello!

El deterioro social y ético plantea un desafío muy grande. Con todo, las palabras y enseñanzas de Jesús nos brindan consuelo y fortaleza. Nada humano le es extraño. Con san Pablo, somos conscientes que la palabra de vida y consuelo es posible pronunciarla, sin el recurso de la "sabiduría humana".

Pablo nos recuerda que necesitamos de un don, del regalo y virtualidad de la fe que procede del "poder del Espíritu". De esta manera no resonarán ilusas o poco realistas las enseñanzas del evangelio, pues su vigor y eficacia, se verifica en quienes hacen germinar las semillas del Maestro Bueno.

Sal y luz

Dos imágenes sirven a Jesús para señalar de qué modo los cristianos debemos estar presentes en el mundo y las situaciones de la vida, personal y social. Fiel al estilo directo y simple, recurre a comparaciones ilustrativas, cuya didáctica

es fácil de retener. ¿Qué dice el Señor en esta hora? Nos invita a ser sal y luz de la tierra.

“Ustedes son la sal de la tierra”, dice, pero **“si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?”** Se trata de una sentencia muy gráfica. La tierra que habitamos, los territorios de la República, están llamados a recibir la fuerza y sustancia que otorga sabor a la vida. Si se pierde tal carácter, carece de sentido y sabor la vida humana. No podemos negar que el cristiano de hoy en muchos casos, se presenta sin el vigor de la sal, perdiéndose el sabor... ¿Cómo ignorar la parálisis, apatía y desencanto de muchos ante la Iglesia, cuya credibilidad pierde vigencia?

Pero no hay más respuesta que ser sal, para dar sabor, para hacer presente el misterio cristiano, que sana, eleva y abre horizontes. Si no hay tal carácter, entonces vale la conclusión de Cristo: ¡no serviremos más que para ser tirados fuera y pisados por la gente! Son palabras severas, pero claras.

Además, Jesús nos dice: **“Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte”**. ¡Nos estremecemos ante estas palabras! Recordemos que la Iglesia en el Concilio Vaticano II dijo de sí misma que **“Cristo es la luz de los pueblos”** y que ella cual reflejo y resplandor, es en Cristo, **“signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de unidad de todo el género humano”** (GS 1,1). De este modo, la única luz que debe resplandecer en los miembros del pueblo santo, es la de Jesús.

En efecto, su mensaje, estilo de vida, criterio y valores, deben alumbrar la “casa común” del mundo, para emplear expresión del papa Francisco. Por tanto, los cristianos en medio de tiempos convulsos, no estamos para ocultarnos: **“Alumbre así la luz de ustedes a los hombres, para que vean sus buenas obras y den gloria al Padre de ustedes que está en el cielo”**.

Queridos hermanos y hermanas: no estamos llamados a ser jueces, ni menos a alejarnos o desentendernos de los destinos y circunstancias de la vida ciudadana. Celebrar otro aniversario patrio, significa que queremos ser parte de esta historia, en fraterna comunión con otras confesiones y opciones de vida.

A nosotros toca que, ante la migración, la violencia y la corrupción de instituciones, aportar con actitudes generadoras de formas nuevas de vida, más humanas, con el sabor del evangelio y a la luz de Cristo. No lo hacemos imponiendo, sino sirviendo a los más pequeños, que Jesús amó con predilección.

Oremos por nuestra Patria: por las autoridades para que actúen con honradez, sabiduría y justicia, y por todos los habitantes, nacionales y extranjeros, para que en fraterno espíritu, hagamos de la patria nuestro hogar de dignidad, respeto y paz.

Finalmente, recemos para que las elecciones que pronto se realizarán en todo el país -de alcaldes, concejales, consejeros regionales y gobernadores- nos haga crecer en el ejercicio cada vez más responsable de nuestro civismo democrático, discerniendo siempre en razón del bien común del país, de la región y de la comuna.

Hermanos y hermanas, señoras y señores presentes en este templo Catedral, pongámonos, cada uno de nosotros, con sencillez y confianza, bajo el amparo de la Virgen del Carmen y pongamos en su manto maternal el futuro de nuestra patria y a sus hijos más necesitados.

Que así sea.

Ignacio Ducasse Medina
Arzobispo de Antofagasta

Antofagasta, 18 de septiembre de 2024
Templo Catedral
Te Deum de fiestas patrias